



SCORPIA

ANTHONY HOROWITZ

La primera picadura es dolorosa; la segunda, mortal.
Y Alex Rider quiere venganza

Alex Rider,
el superespía adolescente



«Ve a Venecia, busca a Scorpia, y entonces podrás encontrar tu destino...»

Estas son las últimas palabras que Yessen, un peligroso asesino a sueldo, le dijo a Alex antes de morir en el Air Force One, el avión del presidente de los Estados Unidos.

Ahora Alex Rider está en Venecia y ha encontrado a Scorpia, una organización criminal con un plan tan elaborado y diabólicamente perverso que parece fantástico... pero no lo es.

Sin embargo, Alex va a encontrarse además con algo inesperado: respuestas sobre su pasado y sobre la muerte de sus padres, que ahora sabe que no murieron en un accidente.

Alex Rider es solo un adolescente, pero trabaja para el servicio secreto MI6. Su misión consiste en acabar con el plan de Scorpia, pero esta vez también quiere venganza y tendrá que tomar una decisión...

Para M. N.

1. Trabajo extra

PARA los dos ladrones de la Vespa de 200 cc el problema consistió en elegir a la víctima equivocada, en el lugar equivocado y el domingo equivocado una mañana de septiembre.

Era como si todo el mundo se hubiera reunido en la *piazza* Esmeralda, a unos pocos kilómetros de Venecia. Las misas acababan de terminar y las familias deambulaban juntas bajo la brillante luz del sol: abuelas de negro, chicos y chicas con sus trajes de domingo y de comunión. Los cafés y las heladerías estaban abiertos, con los clientes ocupando las aceras y aun el asfalto. Una fuente inmensa —toda ella dioses desnudos y serpientes— lanzaba chorros de agua helada. Y había un mercado. Habían instalado tenderetes que vendían cometas, flores secas, viejas postales, pájaros de cuco y sacos de semillas para los cientos de palomas que se exhibían por todos lados.

En mitad de todo aquello se encontraba una docena de colegiales ingleses. Fue mala suerte para los dos ladrones que uno de ellos fuese Alex Rider.

Era a comienzos de septiembre. Había pasado menos de un mes desde el enfrentamiento final de Alex con Damian Cray en el Air Force One: el avión presidencial estadounidense. Había sido el final de una aventura que lo había llevado de París a Amsterdam, y por último a la pista principal del aeropuerto de Heathrow, mientras disparaban veinticinco cabezas nucleares contra objetivos de todo el

mundo. Alex había conseguido destruir los misiles. Fue entonces cuando Cray murió. Y, después de eso, había vuelto a casa con la habitual colección de magulladuras y arañazos, solo para encontrarse a Jack Starbright, que lo esperaba con rostro hosco y decidido. Jack era su ama de llaves y también su amiga, y, como de costumbre, estaba preocupada por él.

—No puedes seguir así, Alex —le dijo—. No vas a la escuela. Perdiste la mitad del trimestre de verano cuando estabas en Cayo Esqueleto y buena parte del de primavera en Cornualles primero, y luego en esa espantosa academia de Point Blanc. Si sigues así, suspenderás todos los exámenes. ¿Y qué harás entonces?

—No es culpa mía... —comenzó Alex.

—Ya sé que no es culpa tuya. Pero tengo que hacer algo al respecto y he decidido buscar un profesor particular para lo que queda de verano.

—¡No lo dices en serio!

—Claro que sí. Ya has tenido bastantes vacaciones. Puedes comenzar a trabajar inmediatamente.

—No quiero un profesor particular... —comenzó a protestar Alex.

—No te estoy dando a elegir, Alex. No me importa qué artefactos puedas tener o que astucias puedas usar... ¡pero esta vez no te escapas!

Alex trató de discutir con ella, aunque, por dentro, sabía que tenía razón. El MI6 siempre lo proveía de una nota médica que explicaba sus largas ausencias del colegio, pero los profesores estaban preocupados, en mayor o menor medida. El último informe decía así:

Alex sigue pasando más tiempo fuera del colegio que dentro y, si sigue así, puede ir olvidándose de graduarse. Aunque no se le puede culpar por sufrir lo que parece un catálogo de enfermedades, me te-

mo, si sufre alguna más, que pueda desaparecer por completo de la escuela.

De modo que así estaban las cosas. Alex había detenido a un cantante de pop loco y multimillonario que trataba de destruir medio mundo... ¿y qué sacaba a cambio? ¡Trabajo extra!

Lo encajó con escaso entusiasmo, sobre todo cuando descubrió que el profesor que había buscado Jack enseñaba, además, en Brookland, su propio colegio. Alex no estaba en su clase, pero aun así resultaba embarazoso y esperaba que nadie se enterase. Sin embargo, tenía que admitir que el señor Grey era bueno en lo suyo. Charlie Grey era joven y accesible, y se desplazaba en una bicicleta con una cesta llena de libros. Enseñaba humanidades, pero parecía moverse con soltura por todo el plan de estudios.

—No disponemos más que de unas pocas semanas —le hizo saber—. No parece demasiado, pero te sorprenderás de lo mucho que vas a ir aprendiendo según vayan pasando. Voy a trabajar contigo siete horas al día, y al acabar te daré trabajo para casa. Para cuando acaben las vacaciones es probable que me odies. Pero, al final, vas a empezar el nuevo curso más o menos al nivel necesario.

Alex no llegó a odiar a Charlie Grey. Trabajaron con calma y rapidez, pasando a lo largo del día de las matemáticas a la historia, y de esta a la ciencia, y así sucesivamente. Todos los fines de semana el profesor le dejaba exámenes, y Alex constató cómo gradualmente su porcentaje de aciertos mejoraba. Fue entonces cuando el señor Grey le dio la sorpresa.

—Lo estás haciendo realmente bien, Alex. No te lo iba a mencionar, pero ¿por qué no vienes conmigo al viaje del colegio?

—¿Dónde van a ir?

—Bueno, el año pasado fuimos a París, y el anterior a Roma. Vimos museos, iglesias, palacios... cosas así. Este año iremos a Venecia. ¿Quieres venir?

Venecia.

Había estado todo el rato en la mente de Alex, desde los minutos finales en el avión, tras la muerte de Damian Cray. Yassen Gregorovich estaba allí, el asesino ruso que había arrojado una sombra sobre gran parte de la vida de Alex. Yassen agonizaba con una bala alojada en el pecho. Pero antes de morir consiguió musitar un secreto que había estado enterrado durante catorce años.

Los padres de Alex habían sido asesinados poco después de la muerte de este y él había sido encomendado a la tutela de su tío, Ian Rider. A principios de aquel año, Ian Rider también había muerto, al parecer en un accidente de tráfico. Había sido toda una revolución para la vida de Alex el descubrir que su tío era en realidad un espía y que había fallecido durante una misión en Cornualles. Fue entonces cuando apareció en escena el MI6. De alguna forma, se las habían arreglado para introducir a Alex en su mundo, y había estado trabajando para ellos desde entonces.

Alex sabía muy poco sobre su madre y su padre, John y Helen Rider. Tenía una foto de ellos en el dormitorio: un hombre despierto y agraciado, con el pelo corto y el brazo apoyado sobre el hombro de una mujer hermosa que sonreía a medias. Había estado en el ejército y aún tenía aires de soldado. Ella era enfermera y trabajaba en radiología. Pero ambos eran unos extraños para él; no podía recordar nada de ellos. Habían muerto cuando no era más que un bebé. En un accidente de aviación. O eso le habían dicho.

Pero ahora sabía más.

El accidente de avión había sido una mentira, como el accidente de tráfico de su tío. Yassen Gregorovich le había contado la verdad a bordo del Air Force One. El padre de Alex era un asesino, lo mismo que Yassen. Los dos habían trabajado juntos; John Rider había salvado en cierta oca-

sión la vida de Yassen. Pero luego el MI6 había matado a su padre; la misma gente que había obligado a Alex a trabajar para ellos en tres ocasiones, mintiéndole, manipulándolo y, por último, dejándolo de lado cuando ya no lo necesitaban. Era casi imposible de creer, pero Yassen le había ofrecido la posibilidad de encontrar pruebas por sí mismo.

Vete a Venecia. Encuentra a Scorpia. Y encontrarás tu destino...

Alex tenía que averiguar qué era lo que había sucedido catorce años antes. Descubrir la verdad sobre John Rider equivalía a descubrirla sobre él mismo. Ya que, si su padre de verás había asesinado a gente por dinero, ¿en qué lo convertiría eso a él? Alex se sentía furioso, infeliz... y confuso. Tenía que encontrar a Scorpia, fuera eso lo que fuese. Scorpia le diría lo que necesitaba saber.

Un viaje escolar a Venecia no podía haber llegado en mejor momento. Y Jack no le impidió ir. De hecho, lo animó a hacerlo.

—Es justo lo que necesitas, Alex. Una oportunidad de estar con tus amigos y ser un estudiante normal. Estoy segura de que te lo vas a pasar en grande.

Alex no dijo nada. Odiaba tener que mentirle, pero no había forma de contarle la verdad. Jack nunca había conocido a su padre; aquello no era asunto suyo.

Así que dejó que le ayudase a hacer el equipaje, sabiendo que, para él, el viaje iba a tener poco que ver con iglesias y museos. Le serviría para explorar la ciudad y ver qué podía desenterrar. Cinco días no eran mucho tiempo. Pero algo era algo. Cinco días en Venecia. Cinco días para encontrar a Scorpia.

Y allí estaba ya. En una plaza italiana. Habían pasado ya tres días del viaje y no había encontrado nada.

—Alex... ¿te apetece un helado?

—No. Así estoy bien.

—Estoy asado. Voy a buscar una de esas cosas que me decías. ¿Cómo las has llamado? Granada o algo así.

Alex se encontraba junto a otro chico de catorce años, su mejor amigo en Brookland. Se había sorprendido al saber que Tom Harris iba a participar en el viaje, ya que Tom no estaba lo que se dice muy motivado por el arte o la historia. Tom no estaba interesado por nada de la escuela y era, con regularidad, el último en todo. Pero lo mejor de él era que lo tenía sin cuidado. Siempre estaba alegre, e incluso los profesores tenían que admitir que su compañía resultaba divertida. Y lo que no conseguía Tom en las clases lo lograba en el campo de juego. Era capitán del equipo de fútbol de la escuela y el principal rival de Alex el día del deporte, ya que lo vencía en la carrera de obstáculos, los cuatrocientos metros y el salto con pértiga. Tom era pequeño para su edad, con pelo negro de pincho y brillantes ojos azules. No iba ni a rastras a un museo, ¿así pues, qué pintaba allí? Alex pronto lo descubrió. Los padres de Tom estaban inmersos en un amargo proceso de divorcio y lo habían enviado lejos.

—Es *granita* —replicó Alex. Era lo que siempre pedía cuando estaba en Italia: hielo picado con zumo de limón por encima. Estaba a medio camino del helado y la bebida, y no había en el mundo nada más refrescante.

—Vamos. Pídemelo uno para mí. Cuando le pido a alguien algo en italiano, lo único que hacen es mirarme como si estuviera loco.

Lo cierto es que Alex no hablaba más que unas pocas frases. El italiano era el único idioma que Ian Rider no le había enseñado. A pesar de eso, acompañado de Tom, pidió dos helados en una tienda cercana a los tenderetes del mercado; uno para Tom y otro —en eso insistió Tom— para sí mismo. Tom tenía mucho dinero. Sus padres lo habían llenado de euros justo antes de la partida.

—¿Irás al colegio este trimestre? —le preguntó.

Alex agitó la cabeza.

—Claro que sí.

—Casi no estuviste el último trimestre... o el anterior.

—Estaba enfermo.

Tom cabeceó. Llevaba unas gafas Diesel fotosensibles que había comprado en la tienda libre de impuestos del aeropuerto de Heathrow. Resultaban demasiado grandes para su rostro y le resbalaban por la nariz.

—Comprende que nadie te crea —comentó.

—¿Por qué no?

—Porque nadie está tan enfermo. No es posible —Tom bajó la voz—. Se rumorea que eres un ladrón —le confió.

—¿El qué?

—Que esa es la razón por la que estás fuera tanto tiempo. Que tienes problemas con la policía.

—¿Eso es lo que piensas?

—No. Pero la señorita Bedfordshire me preguntó por ti. Sabe que estamos juntos en matemáticas. Me dijo que una vez tuviste un problema por robar una grúa o algo así. Escuchó decir eso a alguien y piensa que estás en terapia.

—¿Terapia? —Alex estaba pasmado.

—Sí. Está bastante preocupada por ti. Piensa que por eso tienes que irte tanto. Ya sabes, para ver al psiquiatra.

Jane Bedfordshire era la secretaria del colegio. Una mujer atractiva, aún en la veintena. También estaba en el viaje, como cada año. Alex podía verla en ese momento al otro lado de la plaza, hablando con el señor Grey. Mucha gente decía que había algo entre ellos dos, pero Alex suponía que lo más seguro era que el rumor fuese tan cierto como el que corría sobre él.

Un reloj dio las doce. Al cabo de media hora tenían que estar comiendo en el hotel donde se alojaban. La escuela Brookland era un colegio normal del oeste de Londres y había decidido mantener los gastos moderados, alojándolos en las afueras de Venecia. El señor Grey había elegido un hotel en la pequeña ciudad de San Lorenzo, a unos diez minutos de tren. Cada mañana llegaban a la estación y tomaban el autobús acuático para dirigirse al corazón de la ciu-

dad. Pero no ese día. Era domingo y se habían tomado toda la mañana.

—Entonces, tú... —comenzó Tom. Se interrumpió. Algo había ocurrido con mucha rapidez, pero los dos chicos lo habían visto.

En la otra esquina de la plaza acababa de aparecer una moto. Era una Vespa Gran Turismo de 200 cc, casi impoluta de puro nueva, con dos hombres a bordo. Ambos iban vestidos con vaqueros y camisas holgadas de manga larga. El pasajero llevaba un casco cerrado, tanto para ocultar su identidad como para protegerse si chocaban. El conductor, que llevaba gafas de sol, enfiló hacia la señorita Bedfordshire como si tratase de arrollarla. Pero, un segundo antes de chocar, se desvió. Al mismo tiempo, el hombre del asiento trasero se inclinó y le arrebató el bolso. Lo hicieron con tanta pulcritud que Alex comprendió que eran dos profesionales; *scippatori*, como los llamaban en Italia. Robabolsos.

Otros alumnos lo habían visto también. Uno o dos gritaban y señalaban, pero no podían hacer nada. La moto ya se alejaba acelerando. El motorista iba inclinado sobre el manillar y su compinche protegía el bolso en su regazo. Cruzaban a toda velocidad la plaza, en diagonal, dirigiéndose hacia Alex y Tom. Unos pocos momentos antes había gente por todos lados, pero de repente el centro de la plaza estaba ahora vacía y no había nadie que pudiese impedir su fuga.

—¡Alex! —gritó Tom.

—Quédate al margen —le previno Alex. Pensó por un instante bloquear el camino de la Vespa. Pero no tenía sentido. El motorista podría esquivarlo con facilidad... y, si no lo hacía, Alex pasaría de verdad el siguiente trimestre en el hospital. La moto iba ya a más de treinta kilómetros por hora, con su motor de un cilindro de cuatro tiempos desplazando sin esfuerzo a los dos ladrones hacia él. Alex, desde luego, no se iba a interponer en su camino.

Miró alrededor, en busca de algo que lanzar. ¿Una red? ¿Un cubo de agua? Pero no había red y la fuente estaba demasiado lejos, aunque sí había cubos...

La moto estaba a menos de veinte metros y seguía acelerando. Alex echó a correr y cogió un cubo del tenderete de flores, lo vació, desparramando flores secas por el suelo y lo llenó de semillas para pájaros del tenderete vecino. Los dos propietarios le estaban gritando algo, pero los ignoró. Sin detenerse, se giró y arrojó las semillas contra la Vespa, justo cuando pasaba como un relámpago a su lado. Tom observaba, primero asombrado, luego con disgusto. Si Alex pensaba que la lluvia de semillas podía derribar a los dos motoristas, se equivocaba. Continuaron sin inmutarse.

Pero ese nunca había sido su plan.

Debía haber doscientas o trescientas palomas en la plaza y habían visto cómo las semillas salían del cubo. Los dos motoristas estaban cubiertos con las mismas. Las semillas se habían alojado en los pliegues de sus ropas, bajo los cuellos y en sus zapatos. Había un puñado de las mismas entre las piernas del conductor. Parte había caído en el bolso de la señorita Bedfordshire; otra parte había quedado atrapada en el cabello del conductor.

En lo que a las palomas respecta, los ladrones de bolsos se habían convertido de repente en comida sobre ruedas. Con una amortiguada explosión de plumas grisáceas, descendieron aleteando, para caer sobre los hombres desde todas direcciones. De golpe, el conductor se encontró con un pájaro colgando de un lado de su rostro, el pico martilleando en su cabeza, picoteando el grano enredado en su cabello. Tenía otra paloma en la garganta y una tercera entre las piernas, dando picotazos en el área más sensible de todas. El pasajero tenía dos en el cuello, otra colgada de la camisa y una más medio enterrada en el bolso robado. Y seguían acudiendo. Debía haber al menos veinte palomas, aleteando y golpeando a su alrededor, una nube agitada de plumas, garras y —enervadas por la gula y la excitación

— manchas volantes de pájaros blancos que se dejaban caer.

El motorista estaba cegado. Con una mano aferraba el manillar y con la otra se frotaba la cara. Mientras Alex observaba, la moto dio un giro de ciento ochenta grados como si pretendiese volver atrás, enfilándolos directamente y moviéndose aún más rápido que antes. Durante un momento se quedó quieto, esperando para lanzarse a un lado. Parecía como si fuera a pasarle por encima. Pero luego la moto giró por segunda vez y ahora se dirigió hacia la fuente, con los dos hombres apenas visibles entre una nube de alas que batían. La rueda delantera chocó contra el borde de la fuente y la moto se arrugó. Los dos hombres salieron lanzados de cabeza. Los pájaros se dispersaron. En el breve instante antes de caer al agua, el hombre del asiento del pasajero aulló y dejó caer el bolso. Este trazó un arco en el aire, casi a cámara lenta. Alex dio dos pasos y lo cogió.

Luego todo acabó. Los dos ladrones estaban amontonados, medio sumergidos en la fría agua. La Vespa estaba tirada, doblada y rota, en el suelo. Dos policías, llegados casi cuando era demasiado tarde, corrían hacia ellos. Los dueños de los tenderetes reían y aplaudían. Tom observaba. Alex se dirigió hacia la señorita Bedfordshire y le dio el bolso.

—Creo que esto es suyo —dijo.

—Alex... —la señorita Bedfordshire no podía encontrar palabras—. ¿Cómo...?

—Es algo que aprendí en la terapia —repuso Alex.
Se dio la vuelta y volvió con sus amigos.

2. El Palacio de la Viuda

—Y este edificio se llama el Palazzo Contarini del Bovolo —dijo el señor Grey—. *Bovolo* es la palabra veneciana que designa a la concha del caracol, y, si os fijáis, esas bonitas escalinatas tienen un poco la forma de la concha.

Tom Harris contuvo un bostezo.

—Si veo un palacio más, o un museo u otro canal —murmuró—, me tiro bajo las ruedas de un autobús.

—No hay autobuses en Venecia —le recordó Alex.

—Que sea uno acuático. Si no me alcanza, puede que tenga suerte y me hunda —suspiró Tom—. ¿Sabes lo que tiene de malo este sitio? Es como un museo. Un maldito museo gigante. Es como si hubiera pasado aquí media vida.

—Nos vamos mañana.

—Un día demasiado tarde, Alex.

Alex no podía estar de acuerdo. Nunca había estado en un lugar como Venecia; pero es que no había nada en el mundo que se pareciera remotamente a ese lugar, con sus calles estrechas y sus canales oscuros que serpenteaban unos en torno a otros, formando nudos intrincados y sorprendentes. Cada edificio parecía competir con el vecino para ser más adornado y espectacular. Un corto paseo lo podía llevar a uno a través de siglos y cada esquina parecía dar paso a una nueva sorpresa. Podía ser un mercado a la vera del canal, con grandes tajadas de carne sobre las me-

sas y el pescado goteando sangre sobre los empedrados. O una iglesia, aparentemente flotante, rodeada de agua por los cuatro costados. Un gran hotel o un restaurante minúsculo. Incluso las tiendas eran obras de arte, con sus ventanas enmarcando máscaras exóticas, jarrones de cristal brillantemente coloreado, pasta seca y antigüedades. Puede que fuese un museo, es cierto; pero se trataba de uno completamente vivo.

Sin embargo, Alex comprendía los sentimientos de Tom. Al cabo de cuatro días, incluso él comenzaba a sentir que tenía bastante. Bastantes estatuas, bastantes iglesias, bastantes mosaicos. Y bastantes turistas apiñados bajo un sofocante sol de septiembre. Al igual que Tom, estaba empezando a sentirse recocado.

¿Y qué pasaba con Scorpia?

El problema era que no tenía la más remota idea de qué quería decir Yassen Gregorovich con sus últimas palabras. Scorpia podía ser una persona. Alex había mirado en la guía telefónica y había encontrado nada menos que catorce personas con ese nombre viviendo en Venecia y alrededores. Podía ser una empresa. O podía ser un edificio. *Scuole* era el nombre de las casas de pobres. La Scala era la ópera de Milán. Pero Scorpia no parecía ser nada de eso. No había señales indicándola, ni calles que llevaran a ella.

Solo ya a esas alturas, cerca del final del viaje, Alex comenzaba a pensar que no había tenido ninguna oportunidad desde el principio. Si Yassen le había contado la verdad, los dos —John Rider y él— habían sido asesinos a sueldo. ¿Trabajaban para Scorpia? De ser así, Scorpia tenía que mantenerse celosamente oculta... puede que dentro de alguno de aquellos viejos palacios. Alex volvió a observar las escalinatas que el señor Grey estaba describiendo. ¿Cómo podía saber que esos peldaños no llevaban hasta Scorpia? Scorpia podía ser cualquier lugar. Podía estar en cualquier sitio. Al cabo de cuatro días en Venecia, Alex no había llegado a ninguna parte.